

RECENSIONES

BARBOUR, NEVILL: *Morocco*. Thames and Hudson, London, 1965, 239 págs.

La colección británica que lleva el título general de «New Nations and peoples library» se propone ir publicando sobre las naciones antiguas y las nuevas, una sucesión de monografías completas que tracen lo esencial de cada una de ellas para diversas clases de lectores. Se trata de poner al día los conocimientos necesarios para políticos, diplomáticos, historiadores, periodistas y hombres de negocios. Técnicamente, estos libros van cuidadosamente presentados, seleccionando las fuentes, la bibliografía y las listas de personas, movimientos nacionalistas, etapas esenciales aludidas, etc. Pero todo ello se combina con el empeño de una exposición clara y una presentación agradable con aportación de fotos y mapas.

El segundo volumen de dicha serie de obras es el dedicado a Marruecos por Nevill Barbour. En este libro el interés del tema y la personalidad del autor confluyen muy oportunamente para acentuar y poner mejor de relieve que entre las naciones de buena solera histórica, ahora rehechas y modernizadas, el Reino del Maghreb es una de las que más destacan por lo rápido y lo enérgico de sus transformaciones. Nevill Barbour señala, además, en Marruecos sus características de gran encrucijada geográfica y cultural. Así, la observación esencial es que la historia y la geografía, como los vínculos raciales y sociales, han unido y unen a Marruecos no solamente con África, sino con Oriente Medio y Europa Occidental (especialmente con España). La decadencia que affigió al país y el Estado marroquíes durante los siglos XVIII y XIX se debió precisamente a haber suspendido casi todos los nexos exteriores múltiples, cuando Marruecos se plegó y casi se escondió dentro de sus fronteras (aunque fuese con el objetivo de mantener lo que Nevill Barbour denomina su «Self preservation».

Los años que se sucedieron entre 1912 y 1956, no sólo representaban en lo político marroquí, interno y externo, la actuación (unas veces paralela, y otras sólo yuxtapuesta) de los dos protectorados, francés y español; además de la existencia de la zona de Tánger. Mientras en los sectores administrativos destacaban nuevas y curiosas modalidades en los organismos a través de los cuales se ejercían las intervenciones, en lo exterior, más visible, destacaba la rapidez en el gradual proceso de los cambios que aceleraban la modernización. En 1956, Marruecos ganó una nueva independencia, a la vez que se encontraba de pronto encarado con la abundancia de problemas que hoy se presentan a toda nación recientemente hecha o rehecha. Sin embargo, lo esencial no estuvo en los cambios producidos, sino en el modo de producirse.

Al comienzo del octavo capítulo de su obra, Nevill Barbour explica muy oportunamente que el movimiento nacional de Marruecos se ha distinguido de los demás países en cuatro cosas: dos del país y dos extranjeras. La más importante ha sido el gran papel directo desempeñado por el monarca. Luego, la circunstancia de que la tercera parte de los marroquíes hablen usualmente lenguajes bereberes, y el hecho de que las autoridades francesas se empeñasen en sacar del berberismo falsas consecuencias. Los

otros dos factores eran los del predominio de lo legal internacional, tanto en virtud del Acta de Algeciras, como de que en el país existiesen tres zonas de influencia a la vez.

La división de Marruecos en dichas tres zonas había llevado a la creación de tres administraciones diferentes en métodos, idiomas y sistemas económicos; a la vez que originaba dificultades en cuestiones de pasaportes y barreras internas. Parecía que todo ello aumentaba los problemas de la unificación, para que el pueblo marroquí forjase con mayor dificultad una independencia a la medida del nuevo tiempo. Pero en un juego pendular de reacciones naturales, el exceso de las presiones desarrolló lo coherente de una resistencia empeñadamente unitarista. Y luego, después de la independencia de 1956, el unitarismo ha seguido actuando tenazmente; para completar el proceso de fusión entre lo tradicional, lo evolutivo y lo reciente, entre los puros factores culturales medievales, los procedimientos aprendidos en los protectorados y las técnicas más novísimas, el islamismo y el africanismo. En realidad, los procesos de adaptación aparecen más agudos en Marruecos que en muchos otros países de la misma cultura árabe, porque han sido más rápidos y se han extendido a la vez a todas las clases de la sociedad. Pero el pueblo marroquí manifiesta una vitalidad y tenacidad que autoriza todas las esperanzas. Por eso el autor de este libro, al señalar en su introducción que Marruecos posee un «Comparatively stable government», señala también que con su economía creciente tiene la oportunidad de desempeñar un papel significativo en los futuros asuntos mundiales.

La personalidad y la competencia de Nevill Barbour le capacitan sobradamente para opinar y juzgar con amplitud de información y criterio. Colaborador desde hace años en estas páginas de la REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, lo es asimismo del *Economist*, en Gran Bretaña; el *Middle East Journal*, en Washington, y *Politique Etrangère*, en París. Especializado sobre todo en asuntos internacionales del Norte de África y Oriente Medio, fué dirigente de los servicios radiofónicos orientales de la B. B. C. y ha destacado eruditamente en varios congresos de especialistas orientalistas. Nevill Barbour ha reunido siempre las dos ventajas de conocer teóricamente las cuestiones que trata, desde sus orígenes más recónditos, y de haberlas contrastado sobre el terreno, precisamente cuando en los países estudiados se producían varios de los principales acontecimientos.

Considerando el libro *Morocco*, de Nevill Barbour, desde las perspectivas españolas, no puede dejarse de señalar, reconocer, estimar y agradecer el cuidado con que en varios capítulos de su obra ha ido señalando cómo Marruecos tiene con España algunas de sus vinculaciones más profundas y continuas. Ya desde la primera página de su texto, cuando lo inicia presentando a la tierra y el pueblo marroquíes, muestra cómo sobre la ciudad de Marrakex triunfa el «magnífico, macizo, cuadrado alminar de la Kutubía, edificado por un arquitecto musulmán andaluz». Luego, en la página 13, escribe que: «ciertamente, se puede considerar que la península Ibérica y Marruecos, al norte del Atlas, forman una región diferente, intermediaria entre Europa y África. Iberia está tan cortada del resto de Europa Occidental por los Pirineos, como Marruecos es del resto de África por el Atlas y el Sahara».

Respecto a la esencia siempre viva del fondo cultural marroquí, se recuerda que precisamente Marruecos contiene los más finos ejemplos existentes de lo que fué aquella civilización islámico-occidental denominada «mora»; civilización que en España llegó a su más alto desenvolvimiento. Y se destaca que las ciudades más refinadas en sus artes y vidas urbanas, son aquellas que fueron pobladas por emigrados musulmanes españoles.

En lo referente a la reconstrucción de Marruecos sobre nuevas bases modernas y eficaces, la página 174 explica cómo la zona jalfiana del Protectorado español fué el mejor terreno para que las jóvenes promociones se formasen en las nuevas formas y los nuevos rumbos culturales nacionales. La «tolerancia española en materia de educación», fué lo que permitió a muchos de los primeros jóvenes activistas realizar sus estudios en la zona del Mandato británico de Palestina, en la Universidad americana de Beyrut y en la Universidad egipcia de El Cairo. Así se perfeccionaron en las lenguas modernas y en el árabe renovado. Por todo ello, en el mismo texto se pone de

RECENSIONES

relieve que sin duda el patriotismo marroquí ganó más que perdió con la labor española en su Protectorado.

Al final, Nevill Barbour resume varias de las mejores posibilidades de Marruecos y el pueblo marroquí en el hecho de ser el único país de formación árabe que está vuelto hacia el Atlántico. También es valiosa la continuidad con el suelo español (a pesar del Estrecho). Así se afirma que «formando parte de África por un accidente geográfico, Marruecos es al mismo tiempo parte de Europa». La civilización marroquí de hoy (combinada con las influencias de España musulmana) tiene un vigor y un colorido que no existen en el arabismo oriental. Incluso porque Marruecos no estuvo sujeto a la ocupación ni a la influencia turca. En todo caso, Marruecos y España «forman juntos un área intermediaria». Y esto pone a Marruecos en primera línea del interés de todos los mundos que hoy se asoman al Atlántico precisamente.

RODOLFO GIL BENUMEYA

RAYMOND, JACK: *Power at the Pentagon*. William Heinemann Ltd., Londres, 1964, 363: páginas

En presencia de ese grandioso, espectacular fenómeno de nuestro tiempo que supone la transformación en el corto espacio de un par de generaciones de una nación de mentalidad provinciana en la potencia mayor y más impresionante de que hasta ahora se haya podido tener constancia, resulta poco menos que irresistible el volver la mirada hacia atrás en busca de posibles puntos de comparación o de antecedentes adecuados. Y a pesar de la afición, desmedida y muy de actualidad hace unos pocos años, con que ciertos círculos norteamericanos se dedicaban a la busca de grandes, apasionantes analogías entre su nación de hoy y la Atenas de Pericles, por ninguna razón en apariencia más poderosa que la tendencia a jugar con vocablos e imágenes en el momento de establecer comparaciones entre la Unión Soviética y la Esparta rival de Atenas, lo cierto es que al contemplar ese espectáculo sin precedentes en la vida moderna que ofrecen los Estados Unidos, resulta mucho más fácil pensar en Roma que en Grecia.

Y al leer, por ejemplo, lo que se dice en un libro que bien valdría la pena calificar como indispensable ya para todo aquel que tenga un interés especial en conocer—y comprender—las cosas de nuestro tiempo, no sólo de los Estados Unidos, ya hacia el final, al aludir a la adopción hecha por el asesinado presidente Kennedy de la tesis del general Maxwell D. Taylor, quien se había dedicado, sin éxito, a predicar a través de la Administración de Eisenhower que las guerras pequeñas son más probables que las grandes, ¿en qué situación histórica se podría pensar que resultase más adecuada que aquella en que se encontró Roma una y otra vez? La situación a que hubo de hacer frente Kennedy al tomar posesión de la Casa Blanca era singularmente llamativa. Por estar en desarrollo o en una fase ya muy avanzada cuatro grandes crisis, no una ni dos: en Cuba, en el Congo, en Laos y en el Vietnam. «Cada una—recuerda Jack Raymond—representaba la ruptura efectiva de las líneas de la tregua que se habían estabilizado entre el Occidente y el comunismo en la estela de la segunda guerra mundial. El presidente Kennedy reaccionó con la «sorpresa de la estupefacción» al enterarse, al cabo de unas pocas semanas tan sólo de su llegada a la Casa Blanca, de que si hubiese enviado 10.000 hombres al Sudeste Asiático, no le hubiera quedado prácticamente Ejército estratégico de reserva para hacer frente a otras contingencias».

Se explica que el presidente Kennedy, «un pensador militar activista ajustado a la tradición de Roosevelt», buscase aumentar sin pérdida de tiempo el número de divisiones de las fuerzas armadas norteamericanas.

Una situación como ésta, francamente sorprendente, ¿no valdría la pena de ser com-

RECENSIONES

parada con aquella en que se encontró Roma, ya en los comienzos, por lo menos, de la declinación y la decadencia de un proceso imperial a su manera también sin precedentes? Roma acabó sometiendo a las tribus que largamente resistieron por España la presencia de su autoridad y sus legiones, pero su empresa de «pacificación» y conquista, por supuesto, de la «horrida et bellicosa provincia», hizo necesaria la presencia de más de 150.000 soldados y nada menos que la implantación del servicio militar obligatorio.

No estaba el servicio militar obligatorio en la tradición de Roma, como tampoco lo ha estado en la tradición de los Estados Unidos, otra de las razones que, sin duda, dan un interés especial a este libro. Hay algo que llama la atención, subyuga incluso, cuando se observa con algún interés el panorama norteamericano, no sólo por el desarrollo a un ritmo de increíble, inverosímil rapidez, de su riqueza y su poder, lo que en circunstancias medianamente favorables acaso fuese inevitable, dadas sus vastas dimensiones continentales, la inmensidad y variedad de los recursos naturales y la fase tan avanzada en que se encontraban los instrumentos y medios especialmente indicados para su mejor explotación y aprovechamiento, sino por la transformación radical, casi de la noche a la mañana—en el corto espacio de tiempo en que se desarrollaron las dos primeras guerras mundiales y el período que medió entre ellas—de la posición militar y la política exterior del país.

Esto es lo realmente significativo y esto es lo que hace posible encontrar una significación muy especial y muy elocuente en las páginas de este libro, en el que resalta la inutilidad absoluta de consejos y advertencias que tienen por finalidad específica el desviar precisamente a una potencia de la dirección que parece llevarle ineluctablemente al encuentro con su destino. Hubo de ser un presidente que había sido militar toda su vida—para hacerse político por la fuerza de las circunstancias, o de las conveniencias, cuando se encontró, como Roma en los años en que después de haber hundido a Cartago se puso a conquistar la Península Ibérica, en los umbrales, por lo menos, del ocaso, con la oportunidad de ser presidente—quien hiciese una advertencia que dejaba la impresión de estar concebida en los términos amargos de lo ominoso al mismo tiempo que alarmante.

Inútil del todo aquella advertencia sobre el peligro que, según Eisenhower, esbozado en el discurso de despedida de la Casa Blanca, representaba el ya vasto poder de lo que presentó como el complejo militar-industrial. O acaso hubiese servido para que un presidente civil a «parte entera»—que es como se ha dado en decir en la actitud un poco forzada de quien piensa en las formas peculiares de expresión de una lengua extranjera—, su sucesor en la Casa Blanca, hiciese más que ningún otro presidente de la nación, en tiempos de paz—siempre que se pueda razonablemente considerar como tiempos de paz los que han ido transcurriendo desde la terminación de la segunda guerra mundial—por consolidar y adelantar y engrandecer enormemente el poder militar de los Estados Unidos.

Claro que sin permitir que se escapase al control civil, que es lo que establece la tradición y la propia vida constitucional del país. Aunque no por eso resulta ya imposible—y menos aun absurdo—el pensar que en los Estados Unidos precisamente pudiera acabar dándose el caso extraordinario de un golpe de Estado, o la esencia de un golpe de Estado, de apariencia civil, aunque de contenido total, completamente militar.

Así, a primera vista, parece, más que imposible, fantástico, un cambio de situación en el país, una de cuyas primeras consecuencias fuese el hacer demostración de la inutilidad o insuficiencia o inadaptación de las instituciones democráticas—lo tradicional en la vida de la nación—. Ni siquiera en tiempos de grandes guerras y crisis económicas de dislocadoras dimensiones ha sufrido la más pequeña demora o el más insignificante entorpecimiento el desarrollo ordenado y metódico de la vida democrática de los Estados Unidos. Cuando ya estaba bien avanzada la segunda guerra mundial, aunque sin que los Estados Unidos hubiesen todavía entrado de lleno en ella, se celebraron unas elecciones presidenciales—que en los Estados Unidos son las más generales e importantes que se celebran, una vez cada cuatro años—y cuando en 1944, hacia el final de otro mandato presidencial, con la nación ya metida de lleno en una guerra

de dos frentes de dimensiones tan anchas como los continentes y los océanos, se volvió a presentar la ocasión para ello, el país volvió a celebrar elecciones. Que estuvieron precedidas, además, por una campaña electoral sin duda apasionada, como es la costumbre en estos casos, y sin duda también cargada de emoción.

Con una tradición así, resulta difícil, al menos por ahora, pensar en la posibilidad siquiera de que este proceso pudiese quebrarse como consecuencia de una decisión suprema adoptada en la hora de una crisis sin precedentes. ¿Qué hubiera sucedido si, por ejemplo, la Unión Soviética hubiese insistido en mantener y en aumentar incluso los proyectiles, acaso cargados con cabezas atómicas, enviados a Cuba? ¿Qué se podrá esperar de una situación como la del Vietnam, cada nuevo día más complicada, más difícil y un poco más peligrosa, a donde siguen llegando, además, fuerzas militares norteamericanas, si se llegase a tener—no la opinión pública precisamente—el convencimiento de que la nación no respondía en la forma debida a las necesidades de una hora que pudiese ser decisiva mucho más que crítica?

Desde luego, se puede tener casi la seguridad de que el poder militar de la nación, ya fabulosamente desarrollado, no aceptaría con resignación, con sumisión, es más, un estado de cosas que apuntasen de una manera clara e inconfundible hacia una situación de rendición previa, de entrega sin haber adoptado siquiera un gesto heroico. Pero es del todo posible, quizá hasta muy probable, que ante una situación de esa naturaleza tuviese que ser militar la iniciativa para pasar a la acción que seguramente se habrá de adoptar. Aunque militares habían de ser sus características esenciales, porque, en fin de cuentas ¿para qué es el poder militar sino el servir de garantía a la nación para poder disfrutar de los beneficios de la paz a cubierto de los riesgos y contingencias de las agresiones o los peligros y amenazas de agresión?

Ante una situación así siempre se podría esperar que, hoy por hoy, la iniciativa dejase la impresión de ser civil por su naturaleza y condición, como sucedió en el caso de Kennedy, que en muy poco tiempo dejó reforzado y aumentado el poder militar de la nación en forma tal que hubiera parecido un sueño en los días de Eisenhower en la Casa Blanca. O como pudiera suceder cualquier día, de surgir ocasión para ello, con un hombre civil al frente de la talla y fuerza personal de un Robert S. McNamara, el actual secretario de Defensa de la nación.

Bajo la dirección de McNamara—y la responsabilidad del presidente Johnson—ha continuado a gran velocidad el proceso que muy bien se podría decir que había sido iniciado por el presidente Kennedy. Ha crecido fantásticamente el poder militar de los Estados Unidos y, como advierte Raymond, ha crecido también, proporcionalmente por lo menos, su influencia en la vida de la nación. Y no sólo en cosas relacionadas más o menos directamente con la defensa. Por razones tan evidentes como el hecho de que de las actividades relacionadas con la defensa o de ella dependiente sale ya «la producción de casi el 10 por 100 de todos los bienes y servicios de los Estados Unidos. Dan empleo, directa o indirectamente, a un porcentaje similar de todo el censo ocupacional, incluidos los hombres de uniforme. En algunas industrias, la dependencia ocupacional en la defensa es extremadamente alta: de un 95 por 100 en la aviación y los proyectiles, de un 60 por 100 en la industria naviera, de un 40 por 100 en la radio y las comunicaciones. En algunas industrias básicas, la dependencia ocupacional en la defensa es baja: un 6 por 100 en los transportes, un 2 por 100 en la construcción y menos de un 1,5 por 100 en el comercio y los servicios. Pero ciertas ciudades e incluso Estados dependen en gran parte en los gastos de la defensa. Sus facilidades fabriles han alcanzado tal grado de especialización, que las posibilidades de la conversión a la producción civil son limitadas».

Cualesquiera que sea la salida final de la situación en que los Estados Unidos se encuentran en la actualidad—y mucho, sin duda, es lo que depende de contingencias e imponderables sobre los cuales se tiene un control muy limitado, en el más favorable de los casos, y más limitado cada día a medida que los acontecimientos marchan en direcciones que hacen inevitable un mayor y más decidido esfuerzo de carácter defensivo—apenas es posible ya la vacilación en una cosa: que la tradición democrática, campesina, aislacionistas y más bien provinciana—o «parochial», como se ha preferido decir

RECENSIONES

por allí—va quedando relegada, con una fuerza que hoy por hoy resulta ser irresistible, a la trastienda de los recuerdos. Y como suele suceder con estas cosas, de los recuerdos se tiene con frecuencia una idea que guarda relaciones muy limitadas con lo que ha sido la realidad que los ha hecho posibles.

JAIME MENENDEZ.

LIEUWEN, EDWIN: *Venezuela*. Oxford University Press, 2.^a ed., 1965, XII + 212 págs.

El dinamismo de la historia moderna de Venezuela hace de ella un país extremadamente fascinante para el estudio. Y la clave para la comprensión de la Venezuela contemporánea es entrar en el hecho de que, desde el final de la segunda guerra mundial, la nación venezolana pasa por una revolución social inexorable y, en su mayor parte, no violenta, a través de un proceso controlado por genuinos elementos reformistas.

Tal es el toque típico que, en el presente, Lieuwen asigna a esta nación iberoamericana. Ejemplo a estudiar.

* * *

La obra se inicia con un capítulo en el que se aportan los datos básicos del país: descripción de las principales zonas geográficas, particularidades de la flora y de la fauna y los distintos aspectos humanos (población, raza, inmigración, condiciones de vida, clases sociales). También se hace referencia a otros puntos de lo que pudiéramos llamar el substrato nacional (educación, salud, religión).

La historia comprendida entre la era «colonial» y el año 1945 se desarrolla en un apartado, en el que desfilan los perfiles del movimiento de independencia (con sus brutales guerras—p. 33—), del estadio de la oligarquía conservadora (con su intento de reconstruir el sistema «colonial»—p. 35—), y de la serie de gobiernos de «hombres fuertes» (Monagas, Guzmán Blanco, Cipriano Castro, Vicente Gómez, López Contreras y Medina Angarita).

La historia política de nuestra época (1945-1958) se hace acreedora a capítulo aparte. Tal período se abre con la Revolución de octubre de 1945—la más fundamental de la historia de Venezuela, a juicio de Lieuwen—, que marcaba la toma del poder político por un Partido (la Acción Democrática), representante del pueblo. En 41 páginas se van desgranando los pormenores de la filosofía de la Acción Democrática (y otras cosas, como el papel de los jóvenes oficiales, etc.), del gobierno de la Acción Democrática, de la contrarrevolución de 1948 (con el asesinato—en misteriosas circunstancias—de Delgado Chalbaud, partidario de la línea de compromiso y moderación) y del gobierno de Pérez Jiménez. Sobre este último se nos dice que el viejo «cesarismo democrático» se trocaba en «nuevo ideal nacional», que con él la educación descendía en el presupuesto nacional a la más baja proporción en toda Iberoamérica, que se desarrollaba una política de amistosa cooperación con las compañías petrolíferas (frente a las agresivas tácticas de la A. D. para aumentar la participación del país en las ganancias de esa industria), etc. El capítulo se cierra con la Revolución de 1958, producto de la oposición civil, el resentimiento entre la oficialidad y la división en las Fuerzas Armadas (la «inquietud» de la Armada y las Fuerzas Aéreas, ante un régimen regido, en gran parte, por y para el Ejército).

El siguiente capítulo se ocupa de la economía. En él veremos que, en los últimos treinta años, Venezuela ha sido una de las economías más dinámicas del mundo. Desde 1935, este país ha pasado de una economía rural y agrícola a una economía predominantemente urbana e industrial. Cambio que ha ido acompañado por una fase de prosperidad nacional. Así, tenemos que, entre 1935 y 1960, el producto nacional bruto se ha

RECENSIONES

cuadruplicado (y aun más). Unase a esto la circunstancia de que en el mismo espacio de tiempo se ha duplicado la población.

De ahí el interés de estar al tanto de las singularidades de la problemática económica venezolana. Los integrantes de ella registrados en la obra reseñada son: el petróleo (el eje de la economía venezolana: constituyendo un tercio del producto nacional bruto), el hierro y otros minerales, la agricultura (que, absorbiendo las energías del 35 por 100 de la población económicamente activa, contribuye a la renta nacional con un 7 por 100), la ganadería, la riqueza forestal y la pesca, la industria (estimulada por la segunda conflagración universal y con un problema cumbre en la actualidad: los límites del mercado), la energía, las inversiones, el comercio exterior (apareciendo los Estados Unidos como el principal exportador e importador), la hacienda pública y los transportes

Ahora bien; si, en algunos aspectos, Venezuela es uno de los países más ricos de Iberoamérica—con una renta por cabeza, en 1962, de 743 dólares: la mayor entre las naciones iberoamericanas—, la realidad es que, poco más o menos, la mitad de la población vive al simple nivel de subsistencia.

Estamos ante el problema de la extremada desigualdad en la distribución de la renta. Cuestión que nos conduce, ineluctablemente, al tema de las fuerzas políticas.

De ello se ocupa Lieuwen en todo un apartado, a base del enjuiciamiento del papel de los grandes terratenientes (que forman el 2 por 100 de la población rural y poseen el 75 por 100 de la tierra arable de la nación); de las Fuerzas Armadas (de enorme significado en un país cuya historia casi puede contarse con «las vidas de sus dictadores militares» y que actualmente marchan en varias direcciones); la Iglesia (identificada con las crecientes esperanzas de las masas venezolanas, lo cual está fortaleciendo su influencia espiritual y moral); los estudiantes universitarios (uno de los principales catalizadores en el proceso político venezolano); el frente obrero (uno de los nuevos grupos políticos de presión); las clases medias (cuya fuerza se halla debilitada por una notable falta de objetivos comunes), y los Partidos políticos.

Las relaciones internacionales es el asunto del penúltimo capítulo. Su caracterización se lleva a cabo concisamente —pp. 164-176—, por medio de la valoración de los siguientes temas: problemas de límites (con disputas que han llegado hasta nuestro tiempo); época de reclamaciones e intervenciones extranjeras; período de las dos grandes guerras mundiales (rivalidad angloamericana en la primera postguerra, cordialidad de Vicente Gómez con las Sociedades petrolíferas extranjeras, etc.) y el espíritu venezolano de cooperación internacional.

El capítulo final se dedica al enfoque del gobierno de Rómulo Betancourt, en sus facetas social, económica y política. En tal panorámica, son de resaltar extremos como: la atención a la educación; el poco progreso hecho en la solución del pavoroso problema de la vivienda; la Ley de Reforma agraria de 1960; la lucha contra la corrupción administrativa; el cisma entre la «vieja guardia» y los «jóvenes turcos» de la Acción Democrática, y con el grupo ARS; la cauta política—equilibrio, etc.—de Betancourt hacia las Fuerzas Armadas—en cuyo éxito ve Lieuwen una razón clave de que el político venezolano pudiese cumplir su período constitucional—y, en el campo de los asuntos exteriores, los problemas con Trujillo y Fidel Castro, las relaciones con los U. S. A. y la doctrina Betancourt de ruptura de relaciones diplomáticas con todos los regímenes surgidos de golpes militares.

La monografía comentada se completa con una bibliografía (media docena de páginas), un índice y tres mapas.

* * *

El libro reseñado forma parte del conjunto de volúmenes consagrados a temas iberoamericanos por la Chatam House. En otras ocasiones, hemos recogido otras muestras de tal preocupación. En cuanto al volumen presente, hemos de indicar que resulta fruto de una serie de años de experiencias y estudios. Por ejemplo, Lieuwen vivió en Caracas en 1950 y 1951 y visitó Venezuela en 1956 y 1962. A la par, ha seguido la temática

RECENSIONES

iberoamericana desde puestos gubernamentales y académicos de su país, es autor de conocidos trabajos sobre la problemática iberoamericana y hoy desempeña la función de director del Departamento de Historia de la Universidad de New Mexico.

En fin, hace cinco años, la revista *Time*, refiriéndose a Iberoamérica, advertía cómo «en ninguna otra nación las exigencias, los peligros y las posibilidades son mayores que en Venezuela».

Pues bien; a entrar en la médula de lo que tal aserto supone, y en sus implicaciones político-sociales, ha de ayudar este volumen del profesor Lieuwen.

LEANDRO RUBIO GARCIA.